

## No es un qué, sino un cómo: anatomía apresurada del rojipardismo

### Is Not a What, But a How: Rojipardismo`s Hasty Anatomy

**Pablo Batalla**

*Historiador*

batallacueto@gmail.com

Recibido en octubre de 2023

Aceptado en noviembre de 2023

DOI: 10.7203/con-cienciasocial.7.28406

#### **RESUMEN**

El apunte crítico reflexiona en torno a los orígenes del fenómeno conocido como rojipardismo, para llegar a la conclusión de que no es un qué sino un cómo. Asimismo, destaca cómo en otros contextos, especialmente los años del auge del fascismo, se han reproducido fenómenos similares.

**Palabras clave:** rojipardismo, fascismo, historia del pensamiento, historia de las ideas.

#### **ABSTRACT**

The critical note reflects on the origins of the phenomenon known as rojipardismo to reach the conclusion that it is not a what but a how. Likewise, it highlights how in other contexts, especially the years of the rise of fascism, similar phenomena have been reproduced.

**Keywords:** rojipardismo, fascism, history of thought, history of ideas.

#### **Referencia**

Batalla, P. (2024). No es un qué, sino un cómo: anatomía apresurada del rojipardismo. *Con-Ciencia Social (segunda época)*, 7, 245-254. DOI: 10.7203/con-cienciasocial.7.28406

Años más tarde, cuando diga “no es por lo que luchamos, sino cómo luchamos” (Robin, 2011, p. 104), y aunque él no había formado parte del fenómeno, Ernst Jünger resumirá más compendiosamente que nadie lo que va a tratar de exponerse seguidamente: que hubo un momento, en la historia intelectual europea, en el que una juventud nerviosa, ahíta de la paz y la estabilidad de la Europa de Entresiglos, se adhirió al socialismo, no por encontrar en él la expresión política de un puñado de intereses y convicciones racionales, sino una promesa de emociones sublimes; un ideal homérico contra la escasamente excitante —decía Tocqueville— “pequeña cacerola de sopa democrática y burguesa” (*Ibidem*, p. 105). Eran los años del Marinetti que afirmaba que era más hermoso un coche de carreras que la Victoria de Samotracia y dedicaba lúbricos poemas a las metralletas; de vanguardias artísticas que se recreaban en el retrato de leones devorando antílopes; del André Breton que afirmaba que “la belleza será convulsiva o no será”; del darwinismo social y cierta literatura de la necesidad apremiante de revigorizar y revirilizar a la *afeminada* mocedad europea. Joaquín Costa pedía en España un *cirujano de hierro* que conjugara los verbos “sajar, quemar, reseca, amputar, extraer pus, transfundir sangre, injertar músculo” contra los vicios y morbideces de la democracia parlamentaria (Costa, 1901). Se leía diagonal y selectivamente al Nietzsche que ensalzaba a los matadores de dragones y “la orgullosa temeridad» de volver la espalda «a todas las doctrinas de debilidad” (Nietzsche, 1998, pp. 180-181). Sedientos de una épica de combate digna de tal nombre, anhelantes de una política estetizada, aquellos jóvenes —y algunos que no lo eran— no la encontraban, no podían encontrarla, en medio del sopor eclesial del parlamentarismo burgués, con sus melindres, meandros, mentiras y componendas, pero sí en un movimiento obrero que hablaba todavía el lenguaje del asalto de cielos, y estaba más que dispuesto a llevarlo a la práctica. No era el *qué*. Era el *cómo*.

El politólogo estadounidense Corey Robin alude a ello en un ensayo espléndido: *La mente reaccionaria: el conservadurismo desde Edmund Burke hasta Donald Trump*. Lo hace al ocuparse de una de las figuras en cuyo pensamiento se detiene su análisis, especialmente atento a los pasadizos inopinados que han existido siempre entre los dominios de la reacción y los de la izquierda. Nos referimos a Georges Sorel, equívoco filósofo que, proveniente de las filas tradicionalistas, transitó más tarde hacia un peculiar marxismo heterodoxo asociado a valores conservadores. Para él, el marxismo era una cuestión menos social y económica que moral. La burguesía había

Pablo Batalla, No es un qué, sino un cómo: anatomía apresurada del rojipardismo  
sido en el pasado una raza de guerreros; de “osados capitanes”, “creadores de nuevas industrias” y “descubridores de tierras desconocidas” en los que había ardido un “espíritu de conquista insaciable y despiadado” (Robin, 2011, p. 99); pero aquel arrojo, lejos de pervivir entre los burgueses del día —timoratos, cobardes, mezquinos, decadentes—, había transmigrado a un proletariado desdeñoso —resume Daniel Kersffeld— del “evolucionismo optimista del reformismo socialdemócrata”. Se anunciaba el momento apocalíptico de “una nueva estirpe de hombres”, no volcada ya a obtener conquistas mezquinas de un “capitalismo compasivo” sino “únicamente deseosa de cumplir con la más sublime de todas las tareas: la definitiva e irreversible dominación de la Historia” (Kersffeld, 2004, p. 83). El proletariado idealizado por Sorel y los sorelianos hacía de su lugar de trabajo el campo de batalla, de la huelga general su arma y de la destrucción del Estado su propósito. Nos explica Robin que:

Es esto último lo que más impresionaba a Sorel, porque el deseo de derribar el Estado señala lo poco que les importan a los trabajadores «los beneficios materiales de la conquista». No solo no buscaban salarios más altos y otras mejoras de su bienestar; en vez de eso ponen la vista en el más improbable de los objetivos: derribar al Estado por medio de una huelga general. Era ese elemento de improbabilidad, la distancia entre fines y medios, lo que hacía tan gloriosa la violencia del proletariado. Los proletarios son como guerreros homéricos, absortos en la grandeza de la batalla e indiferentes a los objetivos de la guerra: ¿quién ha derribado nunca al Estado por medio de una huelga general? La suya era una violencia por la violencia, sin consideración por los costes, los beneficios y los cálculos que implicaba. (Robin, 2011, p. 103)

No era el *qué*, era el *cómo*. Y cuando apareció un *cómo* nuevo que sublimaba aún más acabadamente el ardor guerrero y la mística de la violencia por los que se suspiraba, a muchos de aquellos socialistas *sui generis* no les costó trabajo mudarse de trinchera. Lo explica Zeev Sternhell: se suele interpretar el fascismo como una respuesta al éxito de la revolución obrera, reacción desesperada de la burguesía a la fundación de la Unión Soviética, pero su origen es anterior a 1917 y se ubica en el clima turbulento del *fin de siècle*, cuando una generación de socialistas decidió que había que repensarlo todo a la vista de que las profecías marxistas sobre el final del capitalismo en las que habían creído no se estaban cumpliendo y, por el contrario, sus perseguidores se topaban con un fracaso *tras otro*; con el muro de un capitalismo que

no se derrumbaba, que sufría crisis pero las superaba, saliendo más fuerte de cada una de ellas. Ese repensamiento consistiría en un marxismo antimaterialista, antirracionalista, antiteleológico, que mantuviera del original la idea de la pugna entre grandiosas fuerzas combatientes como motor de la historia y llamara a un “despertar de la Fuerza y de la sangre contra el Oro”, pero trasladara a la nación la misión que antes se había asignado a la fracasada clase. Lucha de naciones e imperios, no ya lucha de clases, y la convicción de Maurras de que “un socialismo liberado del elemento democrático y cosmopolita puede venirle igual de bien al nacionalismo como un guante bien hecho a una mano hermosa” (Berth en Sternhell et al., 1994, p. 187). Tal como Manolito, aquel amigo de Mafalda, amaba a la humanidad, pero le reventaba la gente, aquellos hombres amaban al proletariado, pero les reventaban los proletarios reales, indispuestos a la revolución, dispuestos a aceptar la oferta bismarckiana y la aceptación bernsteiniana de que la mejora de su nivel de vida proviniera de las reformas pacíficas del sistema. Pasaron a enaltecer como nuevo sujeto histórico al *productor*, categoría en la cual caía lo mismo el proletario abnegado y maximalista que el empresario voraz y creador y a la cual se oponía la del *parásito*, donde caía lo mismo el proletario pedigüeño que el gran financiero cuya riqueza no provenía de la creación, sino de la especulación.

En el fascismo que así nacía pasó aquella juventud a hallar reunidas las versiones superlativas de todos los adjetivos que Rüdiger Safranski (2018) asocia al romanticismo: fantástico, inventivo, metafísico, imaginario, tentador, exaltado, abismal, no obligado al consenso y ni tan siquiera a ser útil a la vida. Era en palabras de Sternhell la “voluntad de ver una civilización heroica levantarse encima de las ruinas de una civilización despreciablemente materialista, gracias a una humanidad nueva, activa, dinámica” (Forti, 2023, p. 154); pero para muchos, exactamente eso había sido antes el socialismo. El mismo Mussolini —ávido lector de Sorel— fue ejemplo de este tránsito: socialista en principio —pero un socialista herético, que rechazaba el igualitarismo—, se proclamaba antimaterialista. Deslumbrado por la idea nietzscheana del *Übermensch*, defendía su adopción por el marxismo y se dejó arrastrar más tarde por la apoteosis nacionalista desatada por la primera guerra mundial. Sorel murió en 1922 diciendo de él que era “un hombre no menos extraordinario que Lenin” (Talmon, 1981, p. 451).

Acompañando al futuro *Duce*, por aquella senda caminaron muchos. El historiador italiano Steven Forti ha estudiado el fenómeno manejando un concepto que

Pablo Batalla, No es un qué, sino un cómo: anatomía apresurada del rojipardismo en los ochenta acuñara el suizo Philippe Burrin: el de las *pasarelas* que en el siglo pasado posibilitaron aquel paso del socialismo al fascismo. Burrin hablaba de tres y Forti compendia seis. Las cinco primeras son las siguientes:

1. El valor otorgado a la acción, el dinamismo y la praxis, que se presenta como forma de incesante activismo político desde el punto de vista personal, como concepción de la política misma y también de la idea del fascismo concebido como dinamismo, como un *continuum* en transformación.
2. El valor otorgado a las minorías, las élites y las vanguardias revolucionarias, muchas veces acompañado de una idea fuertemente negativa del pueblo y las masas y que, en general, se une con un cierto gusto por el autoritarismo y la autorreferencialidad, cuestiones que derivan directamente de la Gran Guerra y su violencia.
3. Una fe inquebrantable en la revolución, característica que se yuxtapone a la política concebida como acción.
4. La presencia constante de enemigos comunes, como la democracia liberal, el parlamentarismo, la burguesía y el capitalismo.
5. La importancia de una concepción del mundo antimaterialista, fuertemente idealista y en determinados momentos claramente religiosa. (Forti, 2015, p. 10)

La sexta y principal *pasarela* de las que Forti señala que conducían hace un siglo de la izquierda al fascismo es la nación; y el historiador cita de uno de los que la recorrieron, el italiano Nicola Bombacci —que había sido fundador del Partido Comunista Italiano en 1921—, esto escrito a finales de 1935 que lo resume perfectamente:

Ayer, en el amor por la humanidad doliente, fundía el de mi país, seguro de llegar más rápidamente por esta vía a las conquistas necesarias para el progreso civil; hoy, iluminado por la experiencia sublime del régimen fascista y el magnífico ejemplo de Mussolini, reconozco que el proceso debe ser volteado: no la clase, sino la nación, y entre estas Italia, que es guía y maestra. (*Ibidem*, p. 12)

El proceso se dio en todas partes. En la Alemania de Weimar hubo grupos *nacional-bolcheviques* partidarios de una *prusianización* del modelo soviético —su principal figura era Ernst Niekisch—, el Grupo de Nacionalistas Socialmente Revolucionarios de Karl Otto Paetel o el sector *strasserista* del partido nazi. España

Pablo Batalla, No es un qué, sino un cómo: anatomía apresurada del rojipardismo también tuvo viajeros de la hoz y el martillo al yugo y las flechas: así Óscar Pérez Solís (comunista de primera hora durante la dictadura de Primo, afiliado después a Falange) o Santiago Montero Díaz, otro militante del PCE —donde impartía conferencias sobre la significación revolucionaria de la batalla de Covadonga—, que abandonará para fundar las JONS fascinado por la figura de Ledesma («César hispánico»), de cuya memoria será más tarde el gran albacea (Núñez Seixas, 2012).

Ha corrido el agua bajo el puente desde entonces; es muy otro el mundo de hoy; y, sin embargo, la historia no se repite, pero rima, y al tiempo que por todas partes surgen movimientos triunfantes en los que, como mínimo, resuenan claramente algunos ecos del fascismo histórico, aquellas pasarelas parecen reabrirse. Se vuelve a viajar de la izquierda al neofascismo y existe —el término es de nuevo de Forti (2020)— toda una “galaxia rojiparda” de contornos difusos y escurridiza sistematización, conjunto de discursos cocinados con idénticos ingredientes en proporción variable: la pretensión rediviva de trascender la división derecha/izquierda desliendo elementos de ambas tradiciones en una suerte de *izquierda nacional* o de *derecha social* o de ambas cosas, la declaración de guerra sin cuartel contra el así llamado *globalismo*, una crítica más o menos feroz del feminismo y los nuevos movimientos sociales, la nostalgia fordista y el meneo de todo ello al pilpil de una conspiranoia obsesionada con figuras como el magnate judío George Soros.

Una vez más, no es el *qué*, sino el *cómo*. En 2023 como en 1923, un fantasma recorre el mundo, pero no acaba en *-ismo*, porque no es una ideología, sino una sensibilidad, una pulsión, un nebuloso anhelo que agarra y viste el primer uniforme que encuentra a la mano y, de tal modo, consigue parecer muchos idearios distintos, siendo, en realidad, uno solo. Literalmente un fantasma: una sustancia ectoplasmática invisible que se hiciera visible al arrojarle algo así como un bote de pintura; de cualquier pintura; roja, azul, amarilla, negra. No será su esencia el color circunstancial que adopte por esta vía, sino su forma. Lo que este anhelo anhela es una apoteosis brutalista, de acción expeditiva, de simplificación violenta de una realidad ante cuya diversidad y sus alambiques se siente hartazgo. Es también una determinada mirada: torva, socialdarwinista. En esa pradería pacen especies aparentemente inmiscibles: el *libertariano* con icono de serpiente o de estatua de la Libertad flanqueando el *nickname* de las redes sociales, el fascista, la chavalada ultrabolchevique que desfila con retratos de Stalin y Enver Hoxha por la Castellana de Madrid —esto ha sucedido— y fantasea con salir de *razia*, a cazar *revis* y *posmos*. Las fronteras entre estas

Pablo Batalla, No es un qué, sino un cómo: anatomía apresurada del rojipardismo criaturas, incluso las hondas zanjas que parecen separarlas, son tajos superficiales en una corteza bajo la cual rebulle un mismo turbión freático; una misma fuerza magnética que imanta las conciencias. Alzar el estandarte de utopías irrealizables (la nación hermética, la revolución proletaria universal, el libremercado sin bridas) desvía la atención (la de los demás y la propia) de un *mientras tanto* idéntico; una cólera hermana contra las mismas porciones de lo realmente existente. Hay, de hecho, pasadizos entre estas torres. Y son los pasadizos de la mirada común; de un embeleso por las mismas virtudes cardinales. Elliot Gulliver-Needham (2019) nos ofrece un ejemplo en un artículo imprescindible sobre “Por qué los libertarios viran hacia la extrema derecha”:

Lo mismo en la derecha libertaria que en la autoritaria, se aprecian fuertemente las ideas de fortaleza. Las personas desempleadas se caracterizan por ser estúpidas, perezosas o débiles. Si alguien es explotado por su empleador, debe lidiar con ello y continuar trabajando sesenta horas a la semana. Si uno sufre el racismo institucional, debe simplemente ignorarlo. Uno puede ver cuán fácil resulta la transición de esto hacia la extrema derecha.

“Todos sus pensamientos son de naturaleza voluptuosa, porque están colocados bajo la protección de la muerte”, dice Ludovico Settembrini de Leo Naphta en *La montaña mágica*. Recordará quizás el lector a estos dos célebres personajes de la gran novela de Thomas Mann; sendos maestros que pugnan por ejercer su ascendiente sobre el joven Hans Castorp en un balneario suizo, previamente al estallido de la primera guerra mundial. Settembrini es humanista, librepensador, racionalista, ateo. De Naphta traza Ricardo Forster (2015) esta semblanza en *Huellas que regresan*:

[M]ezcla de místico, revolucionario, creyente y lector apasionado de Dostoyevski [...] Naphta se alza contra el orden burgués y todo lo que éste significa: dominio del mercado, pragmatismo, igualitarismo, democracia, destrucción de los lazos tradicionales, egoísmo, desespiritualización, racionalización, cálculo. Su ideal es una confluencia oscura y explosiva de cristianismo primitivo, jerarquía feudal, suntuosidad católica, comunismo bolchevique, surrealismo y apocalipticismo violento, todo conjugado en un furibundo rechazo al capitalismo y a los valores de la democracia burguesa. Naphta habla de un nuevo tiempo que llegará anticipado

Pablo Batalla, No es un qué, sino un cómo: anatomía apresurada del rojipardismo por violencias inauditas que arrasarán la quietud decadente de una sociedad aprisionada en el más ruín de los mercantilismos.

De *naphtas* caracterizables de este modo van llenándose, en estos días, nuestras sociedades, en las cuales va declinando el número de los *settembrinis*. Entre los primeros están los *libertarianos*, también ellos insurrectos de “un furibundo rechazo al capitalismo y a los valores de la democracia burguesa”, erguidos contra “el más ruín de los mercantilismos”: les asquea el timorato capitalismo auténtico, su Estado, porque Estado necesita; sus leyes, sus regulaciones, sus repartos civilizados del botín (como nos enseñó Polanyi, el *laissez faire* debe ser planificado) (Polanyi, 2016). Fantasean los *libertarians* con un capitalismo ideal, violentamente purificado, descarnado, bestial; uno que procure la excitación del salteador de caminos y recobre la épica saqueadora que envuelve los orígenes del libremercado, sobre cuya pista nos pusiera David Graeber (2021, p. 510):

[Un] embarazoso hecho [...] planea sobre todos los intentos de representar los mercados como la más elevada forma de libertad humana [... H]istóricamente, los mercados impersonales, comerciales, tienen su origen en el robo. [...] U]na breve reflexión lo hace evidente. ¿Quién es más probable que fuera el primer hombre en mirar una casa llena de objetos y tasarlos inmediatamente en términos de por cuánto los podría vender en un mercado? Tan solo pudo ser un ladrón. Los ladrones, los soldados errantes, y posiblemente después los cobradores de deudas, fueron los primeros en ver el mundo de esta manera. Tan solo en las manos de los soldados, recién expoliados como botín de guerra de ciudades conquistadas, pudieron el oro y la plata (fundidos, en la mayoría de los casos, a partir de reliquias familiares que, como los dioses de Cachemira, las pecheras aztecas o los brazaletes femeninos de Babilonia, eran a la vez obra de arte y compendio de historia) convertirse en simples unidades uniformes de moneda, sin historia, valiosos justamente por carecer de ella, porque se podían aceptar en cualquier lugar sin preguntas.

Son sorelianos, empiezan a serlo, los tiempos que corren, sembrados aquí y allá de un optimismo del pesimismo y el hechizo de la ruina, el incendio, el gran terremoto, la vorágine, la catástrofe. Desear la vorágine, ambicionar la catástrofe persuadidos de que del ojo del huracán, de las grietas del destrozo, brotará la redención, el triunfo palingenésico de la Idea como un Juicio Final que entronice a los leales y chamusque



Pablo Batalla, No es un qué, sino un cómo: anatomía apresurada del rojipardismo a los impíos. Y despreciar y condenar la esperanza, la compasión, el pacto, cualquier relación amable con el mundo y los otros, como una intolerable debilidad. Existe, incluso, un radicalismo demoliberal —del que el 15-M fue acá expresión— cuyos reclamos de *transparencia*, nobles, bienintencionados, no dejan de adscribirse a esta adherencia a lo brutal, a lo expeditivo. Como comenta, en Twitter, Jon U. Salcedo (2021):

[Q]uizás, en los orígenes de la cultura y los mitos, pero también de ciencia y leyes, hay algo de desenfoque de una lente originariamente «demasiado nítida» [...] Desenfoque como velado de lo terrible, como un limado de contornos demasiado afilados. [...] Hay en cierto elogio de la nitidez, lo inmediato y el desvelamiento de la verdad algo de esta pulsión brutal [...] En escenarios terribles, en los que un mundo desenfocado es ya un mundo más amable, en los que el desenfoque es ya una forma de mediación con una realidad terrible, el ansia de nitidez, de rasgado de todos los velos, solo puede ser una barbarie.

El ansia de transparencia es un ansia de ruina: de rasgar cortinas, derrumbar paredes, desnudar a la fuerza. *Civilización* es que haya ágoras, pero también reservados y espacios discretos, pudores, desenfoques; una *tangente ática* —decía Toni Domènech— entre lo público y lo privado, lo transparente y lo opaco; un negociado del erotismo, no de la pornografía. Pero ningún grupo se salva hoy de la seducción del sorelianismo. Hasta a cierto ecologismo vemos cojear de este pie, deseo de ganar la partida de ajedrez volteando el tablero, desparramando sus piezas: colapso, mátanos; cuece en tus marmitas infernales a todos los pecadores de la huella de carbono. Y que sobrevivan los *preppers*.

No es el qué, es el cómo. Alceste de Ambris, uno de aquellos ideólogos fascistas que habían velado sus primeras armas en el socialismo antimaterialista, lo decía así: de Mazzini, Marx y Bakunin, “de todos estos «maestros», cabía tomar «lo que es verdadero», lo que está bien y lo que es posible, y sobre todo ello edificaremos nuestro revolucionarismo” (Sternhell et al., 1994, p. 271). Y hoy vuelve a haber Ambris deseosos de refundir todas aquellas ideas, tomadas de aquí y de allá, en las cuales retumbe la resonancia soreliana de la destrucción y la palingenesia.

## REFERENCIAS

Costa, J. (1901). *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España: urgencia y modo de cambiarla*. <https://www.cervantesvirtual.com/obra->

visor/oligarquia-y-caciquismo-como-la-forma-actual-de-gobierno-en-espana-  
memoria-y-resumen-de-la-informacion--0/html/dca5c396-2dc6-11e2-b417-  
000475f5bda5\_21.html

- Forti, S. (2015). *Tránsfugas. De la izquierda al fascismo en la Europa de entreguerras. Algunas propuestas de interpretación*. Seminario de Historia, Departamento de Historia Social y del Pensamiento Político, UNED; Departamento de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos, UCM; Fundación José Ortega y Gasset-Gregorio Marañón, curso 2014-2015, documento de trabajo. <https://www.ucm.es/data/cont/docs/297-2015-02-17-2-15.pdf>
- Forti, S. (2020). Los rojipardos: ¿mito o realidad?, *Nueva Sociedad*, 288. <https://nuso.org/articulo/los-rojipardos-mito-o-realidad/>
- Forti, S. (2023). Traidores, conformistas y apasionados de la política. Una nueva lectura de la Europa de entreguerras entre biografía, análisis del lenguaje e historia política. *Segle XX: revista catalana d'història*, 6, 133-157.
- Forster, R. (2015). *Huellas que regresan: sobre la naturaleza, la infancia, los viajes y los libros*. Akal.
- Graeber, D. (2021) *En deuda: una historia alternativa de la economía*. Ariel.
- Gulliver-Needham, E. (23 marzo 2019). ¿Por qué los libertarios viran hacia la extrema derecha? *El Cuaderno*. <https://elcuadernodigital.com/2019/03/23/por-que-los-libertarios-viran-hacia-la-extrema-derecha/>
- Kerssfield, D. (2004) *Georges Sorel: apóstol de la violencia*. Signo.
- Nietzsche, F. (1998). *El nacimiento de la tragedia*, Edaf.
- Núñez Seixas, X. M. (2012). *La sombra del César: Santiago Montero Díaz, una biografía entre la nación y la revolución*. Comares.
- Polanyi, K. (2016). *La gran transformación*. Virus.
- Robin, C. (2011). *La mente reaccionaria: el conservadurismo desde Edmund Burke hasta Donald Trump*. Capitán Swing.
- Safranski, R. (2018) *Romanticismo: una odisea del espíritu alemán*. Tusquets.
- Sternhell, Z., Sznajder, M. y Asheri, M. (1994). *El nacimiento de la ideología fascista*. Siglo XXI.
- Talmon, J. L. (1981). *El mito de la nación y la visión de la revolución: los orígenes de la polarización ideológica en el siglo XX*. University of California Press.